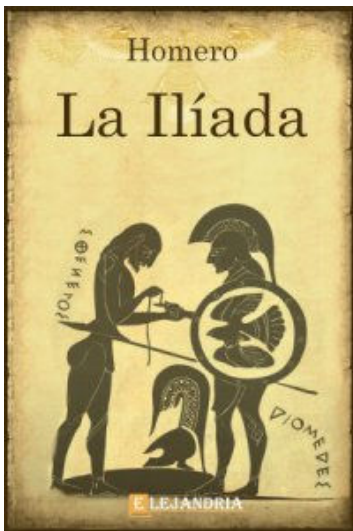


PARA ENTENDER: LA ILIADA (HOMERO) - Por: Rosa Navarro Durán



Para que podáis avanzar con seguridad por la *Iliada*, os voy a decir algunas cosas que os servirán de guía en el campo de batalla.

La *Iliada* nos cuenta lo que sucedió durante algo menos de dos meses del décimo y último año de la guerra de Troya. La ciudad de Troya, que está en Asia Menor, se llamaba también Ilión, y por eso esta historia lleva el título de *Iliada*. Dicen que la escribió un poeta griego llamado Homero en el siglo VIII antes de Cristo, ¡hace casi treinta siglos!

Pero voy a empezar por el comienzo: ¿por qué se enfrentaron griegos y troyanos en la guerra?

Todo empezó por culpa de una elección.

En las bodas de Tetis y Peleo, que serían los padres de Aquiles, la diosa de la Discordia arrojó una manzana de oro y dijo que iba destinada a la mujer más bella. Tres diosas se la disputaron, porque cada una de ellas quería ser reconocida como la más hermosa: Hera, Palas Atenea y Afrodita.

Como durante mucho tiempo ningún dios quiso tomar la decisión y elegir a una de las tres, Zeus acabó decidiendo que el joven y guapo príncipe troyano Paris fuera el juez. Él fue quien tuvo que escoger a la más bella entre las tres diosas y entregarle la manzana de oro.

Hera, la reina de las diosas por ser la esposa de Zeus, era además protectora del matrimonio.

Palas Atenea había nacido de la cabeza de Zeus y era la diosa de la sabiduría, pero también una diosa guerrera. Y Afrodita era la diosa de la belleza y del amor.



Hera le ofreció a Paris el mando de Asia si era la elegida; Atenea, la victoria en todas las batallas; y Afrodita le ofreció el amor de la mujer más hermosa del mundo, que era Helena, la esposa del rey griego Menelao. Y el príncipe troyano Paris... entregó la manzana de oro a Afrodita.

La hermosa reina Helena dejó a su esposo y se marchó a Troya con el príncipe Paris. Por ello, Menelao y su hermano, el rey Agamenón, se pusieron al frente de un gran ejército de griegos para atacar la ciudad asiática. Los dos reyes eran hijos de Atreo, rey de Micenas, y Homero los llama a veces los «Atridas», es decir, hijos de Atreo.

Ambos son los caudillos de los ejércitos de los muchos pueblos griegos reunidos para ir contra Troya, y al conjunto de todos estos se les llama «aqueos» en la *Iliada*. Ellos son los que declaran la guerra a los troyanos para recuperar a la reina Helena, las riquezas que se llevó y también su amor propio, su honor.

La guerra duró diez años. ¡Cuánta gente murió!, ¡cuánto dolor!

PEQUEÑA GUÍA PARA ANDAR POR EL CAMPO DE BATALLA

LOS DIOS



Como veréis, los dioses intervienen mucho en la guerra, y por ello os voy a decir quiénes lo hacen y a cuál de los dos bandos apoyan. Ya sabéis que la lucha es de los griegos o aqueos contra los troyanos.

El padre de los dioses es Zeus, tiene que estar al margen de la guerra, solo que a veces apoya a los troyanos, y a veces a los aqueos, porque lo único que quiere es que el hijo de la diosa marina Tetis, el gran héroe griego Aquiles, reciba los máximos honores. Así se lo ha pedido su madre, y Zeus le debe un gran favor a esta diosa que vive en el fondo del mar.

Zeus tiene dos mensajeros a quienes encarga misiones. Ellos llevan sus órdenes y sus noticias. Una es la diosa Iris, de pies de viento, a la que nosotros vemos a veces en el cielo en forma de arcoíris cuando deja de llover y sale el sol. Y el otro es su hijo, el dios Hermes, que lleva unas sandalias de oro voladoras que le permiten ir a toda velocidad por encima de la tierra o del mar y que sabe, además, contar hermosas historias.

A favor de los aqueos o griegos tenemos a cuatro dioses. Ya imagináis por qué los apoyan las diosas Hera y Palas Atenea, ¡porque el príncipe troyano Paris no les dio a ellas la manzana de oro y dijo que Afrodita era más hermosa!

El dios Hefesto, que es el herrero que sabe forjar las mejores armas, alguna vez interviene en la guerra apoyando a Aquiles, el héroe griego; pero lo hace solo a petición de su madre Hera o cuando se lo pide Tetis, la madre de Aquiles, a quien también le debe un gran favor.

Y luego tenemos al dios del mar, el poderoso Poseidón, que firmemente favorece a los aqueos. ¡Mal lo tienen los troyanos!

¿Qué dioses los apoyan a ellos?

Como bien imagináis, Afrodita, la diosa de la belleza, es la primera, porque fue ella la elegida por Paris.

También apoya a los troyanos Apolo, al que se le llama a veces Febo, que es el Sol. Nada más empezar la historia veréis cómo el rey Agamenón ofende a este dios, y Febo Apolo mandará una peste que mata a hombres y animales del ejército aqueo; a partir de entonces estará siempre en contra de ellos y a favor de los troyanos. Apolo es un dios flechador, que lanza agudas flechas que matan o que contagian la peste.

Su hermana, que también es una experta flechadora, es Artemisa, la Luna, y estará siempre a su lado apoyando a los troyanos. ¡Se quieren mucho los dos hermanos!

Y junto a ellos tenemos a Ares, el dios de la guerra, que se meterá a veces en el campo de batalla defendiendo a los troyanos.

LOS GUERREROS

Voy ahora a nombraros a los guerreros más destacados de los dos bandos.

Los caudillos de los aqueos son los reyes Agamenón y Menelao, los Atridas o hijos de Atreo. Agamenón, rey de Micenas, es el jefe absoluto, y todos tienen que obedecerle. Su hermano Menelao, rey de Esparta, es el esposo de Helena, que huyó de su palacio para irse con Paris, el apuesto príncipe troyano. Esta fue la razón del comienzo de la guerra de Troya, como os he dicho.

El mejor de los guerreros aqueos es Aquiles, hijo de un hombre mortal, el rey Peleo, y de una diosa marina, Tetis. Por ser hijo de Peleo, se le llama también el Pélida, y es el jefe de los guerreros mirmidones. La mayor parte de los hechos que cuenta la *Iliada* están provocados por la ofensa que le hizo el rey Agamenón a este valiente guerrero y por la furia que le entró a Aquiles a causa de ello.



El mejor amigo de Aquiles, compañero suyo de armas, es Patroclo, prudente y buena persona. El más viejo y sabio de los aqueos es el anciano Néstor, que siempre aconseja al rey Agamenón. Uno de sus hijos, Antíloco, es amigo de Aquiles y por ello será el encargado de llevarle una terrible noticia.

El más astuto de los aqueos es Odiseo, al que los latinos llaman Ulises. Es inteligente, sabe contar historias, y gracias a él los aqueos pudieron vencer a los troyanos. Pero ese final de la guerra no se explica en la *Iliada*. Después de Aquiles, los dos guerreros más valientes y fuertes entre los aqueos son Diomedes, rey de Argos, y Áyax o Ayante, rey de Salamina.

Y hay dos personajes muy importantes, pero por otra razón: uno es Calcante, el gran adivino de los aqueos; y otro es el médico Macaón, hijo del dios de la medicina, Asclepio. El primero sabe interpretar los signos que mandan los dioses como anuncio de lo que va a pasar, y el otro cura a los heridos.

¿Y los troyanos?

Los reyes de Ilíon o Troya son los ancianos Príamo y Hécuba, su esposa. Ambos son padres de muchos hijos, pero los más destacados en la guerra de Troya son Héctor y Paris.

Héctor es el guerrero más noble y más valiente. Quiere mucho a su mujer Andrómaca y a su niño. Todos los troyanos y sus aliados le obedecen. Paris es el apuesto príncipe que conquista a la más bella mujer, la reina de Esparta, Helena, esposa del rey Menelao. Se la lleva consigo a Troya, y con este rapto provocará la guerra entre aqueos y troyanos. También se nombran a otros tres hijos de Príamo y Hécuba: a Polites, que es el centinela que vigila desde la torre de las murallas los movimientos del ejército griego, y a dos hermanos gemelos que son grandes adivinos.

Él se llama Héleno y ella, Casandra. A él le hacen caso los troyanos en sus interpretaciones de los signos que envían los dioses, pero a ella no, porque el dios Apolo, que fue quien le dio el don de la profecía, luego la condenó a que nadie la creyera. Anténor es un anciano príncipe troyano que sirve de consejero al rey Príamo.

Hay un arquero muy bueno entre los troyanos que se llama Pándaro; es el favorito de Apolo, el dios flechador. Sin embargo, las flechas más certeras son las que lanza el príncipe Paris, siempre con la ayuda del mismo dios.

Y, por último, el único gran guerrero de los troyanos que se salvará, gracias a la protección de los dioses, es el príncipe Eneas, hijo de la diosa Afrodita y del príncipe troyano Anquises, primo del rey Príamo. A él le esperaban muchas aventuras y un destino glorioso, que contará el poeta latino Virgilio.

Homero y sus Poemas

“La Iliada” y “La Odisea”

No se sabe gran cosa de Homero, y lo que se sabe más bien parece una leyenda. Esa leyenda dice que su madre, llamada Criteis, fue tomada por un desconocido en las orillas del río Melesígenes, supuestamente en algún punto de Grecia, y que, encinta del que sería su famoso hijo, la robaron unos piratas que la regalaron al rey de Esmirna quien, enamorado de ella, la hizo su esposa. La leyenda no dice una palabra sobre la vida de Homero, así como no aclara si fue ciego o no. Se supone que no.

Al lado de esta leyenda hay una teoría que dice que Homero es solo el símbolo de la poesía clásica y eterna, y que tal vez la obra no fue escrita por un solo hombre, sino creada y recitada por muchos hombres, los “homéridas”, de la isla griega de Quío, que durante

siglos la difundieron por las calles de las ciudades del Mediterráneo, principiando esta difusión alrededor del siglo VIII antes de Cristo. Al comenzar el VII se hallan, en cráteras y jarrones, representaciones de escenas de estos poemas, y en el siglo VI, cercana ya la era cristiana, empiezan las primeras representaciones oficiales de sus obras.

Los dos poemas tienen como punto de partida la guerra promovida por haberse robado el troyano Paris a la hermosa y divina Helena (símbolo de la belleza y la feminidad), mujer de Menelao de Esparta, quien, ayudado por su hermano Agamenón y otros reyes y príncipes trata de recuperarla, asaltando y tomando Troya. Los personajes son, en general, símbolos de alguna fuerza, gracia o don: Penélope, de la virtud y belleza del hogar; Héctor, del héroe defensor de su patria; Aquiles, de la rapidez; Ulises, del ingenio; Patroclo, de la amistad; Paris, del mujeriego, etc. Lo mismo ocurre con los dioses, tan inquietos, tan cambiantes y veleidosos, tan fieles o tan sembradores de odio o amor como los mortales.

Todos estos personajes, tanto como los hechos que se les suponen, eran ya legendarios cuando Homero nació, si es que nació en alguna parte.

Para una mejor comprensión geográfica, ya que no histórica, pues no hay aquí historia propiamente dicha hay que decir que Troya llamada también Ilión, estuvo situada al sur del mar Negro, en las tierras en que hoy se encuentran Turquía, Irán, Siria, Líbano, Arabia Saudita, etc., y es una ciudad desaparecida hace ya mucho tiempo (aunque, según se dice, encontrada hace poco por un arqueólogo).

Los aqueos son los griegos, y las demás nacionalidades mencionadas en los poemas vienen de islas y lugares de esa región “La Iliada” y “La Odisea”, poema este último que cuenta cómo Ulises pudo volver a su hogar y cómo su hijo Telémaco salió a buscarlo, con las aventuras que ambos tuvieron, forman, juntos, el canto épico primero y más grande y famoso del mundo. El primero es una tragedia; el segundo aparece como una novela

Agregaremos una breve descripción de nombres de cosas, hechos y personajes:

Afrodita (Venus en Grecia), diosa del amor, hija de Zeus y Dione. Se dice que nació de la espuma del mar.

Agamenón, hijo de Atreo, rey de Micenas y de Argos, jefe de los ejércitos que sitian a Troya.

Andrómaca, mujer de Héctor y esclava de Pirro, hijo de Aquiles, después de la toma de Troya; es un símbolo del amor conyugal.

Anquises, padre de Eneas, troyano.

Antenor, príncipe de Troya que fundó después la ciudad de Padua, en Italia.

Apolo, dios de la poesía, de los oráculos, de las artes, llamado también Febo, por serlo asimismo del día y del sol. Hijo de Júpiter y Latona, hermano de Diana. Poseía en Delfos un santuario famoso, tanto como su oráculo.

Aqueos, originarios de Tesalia y, después de apoderarse del Peloponeso, establecidos, luego de ser echados de allí, en la costa de Acaya.

Aquiles, hijo de Tetis y de Peleo, rey de los mirmidones; al par de Ulises, el más famoso de los héroes de “La Iliada”, símbolo del valor y de la rapidez.

Ares (Marte en la mitología romana), dios de la guerra, hijo de Zeus y Hera, símbolo de la fuerza bruta y del furor guerrero.

Argivos, como los aqueos, griegos.

Argos, ciudad del Peloponeso, al sur de Grecia.

Artemisa (la Diana de los romanos), hija de Zeus y Latona, hermana de, Apolo, símbolo de la castidad.

Asclepios, hijo de Apolo y de Cronis, famoso como médico.

Atenea (Palas), nacida de la cabeza de Zeus, al ser esta abierta por un hachazo de Hefestos. Diosa de la cordura y también de la guerra, de las artes e industrias femeninas.

Atreo, rey de Micenas, famoso por su odio contra Tiestes, su hermano.

Atridas, descendientes de Atreo.

Ajax, hay dos: uno hijo de Telamón y otro de Oileo.

Belerofonte, guerrero mitológico, mató a la Quimera montado en su caballo Pegaso.

Beocios, de una región de la Grecia antigua, famosos por su torpeza.

Briseida, sacerdotisa de Lirneso, entregada a Aquiles cuando tomaron esta ciudad.

Cassandra, hija de Príamo y Hécuba, entregada como esclava a Agamenón después de tomada Troya.

Clitemnestra, mujer de Agamenón. Mató a su marido, y ella fue asesinada por su hijo Orestes.

Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo.

Cronos (el Saturno de los romanos), hijo de Urano y padre de Júpiter, Neptuno, Plutón y Juno.

Deífobo, hijo de Príamo y de Hécuba, esposo de Helena al morir Paris.

Deméter, personificación de la Tierra, la Ceres de los romanos.

Diómedes, rey de los argos.

Discordia, símbolo de la maldad, hija de la Noche y hermana de Marte. Arrojó una manzana (la de la discordia) en las bodas de Tetis y Peleo.

Egida, nombre del escudo de los dioses.

Eneas, príncipe de Troya, semidivino, pues era hijo de Venus y Anquises. Personaje de "La Eneida", de Virgilio.

Epeo, constructor del caballo de madera con que los sitiadores de Troya entraron a esta ciudad.

Erinias, diosas de la venganza, hijas de la Tierra.

Escamandro, río de la antigua Troada, región cuya capital era Troya.

Estigia, río de los infiernos que volvía invulnerables a los que eran sumergidos ahí (Aquiles).

Fénix, hijo de Amyntor; refugiado en la corte del padre de Aquiles, se encargó de su educación y lo acompañó a Troya.

Hades (el Plutón romano), rey de los infiernos, dios de los muertos.

Héctor, hijo de Príamo y esposo de Andrómaca.

Hefestos (Vulcano), dios griego del fuego y del metal.

Hélade, nombre antiguo de Grecia

Helena, princesa griega, esposa de Menelao, robada por Paris y recuperada por Menelao después de la caída de Troya.

Helesponto, nombre primitivo del estrecho de los Dardanelos, entre Turquía y Europa.

Hera, esposa de Júpiter.

Hermes (Mercurio), hijo de Júpiter, mensajero de los inmortales y dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

Idomeneo, rey de Creta.

Ilos, fundador de Ilión, después Troya, y rey de ella.

Iris, mensajera divina, convertida por Zeus en el arco iris. Bajaba a la tierra solo por medio de tal fenómeno. Hermes lo hacía de noche.

Itaca, una de las islas jónicas; allí reinaba Ulises al partir para Troya.

Laertes, padre de Ulises y rey de Itaca.

Lemnos, en otro tiempo isla turca, hoy griega.

Lesbos, isla griega, llamada hoy Mitilene.

Licaón, rey de Arcadia, que fue cambiado en lobo por Júpiter por haberle ofrecido, en una comida, los miembros de un niño a quien había degollado.

Lidios, de Lidia, Asia Menor.

Menelao, rey de Esparta y hermano de Agamenón.

Micenas, según la mitología, tierra donde reinó Agamenón.

Mirmidones, de la isla griega de Egina. Aquiles fue su rey.

Néstor, rey de Pilos, ciudad de la antigua Grecia.

Oileo, héroe griego, padre de uno de los Ajax.

Olimpo, cordillera de los límites de Macedonia. Se la tenía por la cima más alta del mundo, y residencia de los dioses.

Paris, hijo segundo de Príamo y Hécuba, llamado también Alejandro.

Robó a Helena y mató a Aquiles, ayudado por Apolo.

Patroclo, hijo de Menetios, amigo de Aquiles, muerto por Héctor.

Peán, himno en honor de Apolo.

Pédaso, caballo de Aquiles, velocísimo.

Peleo, padre de Aquiles y rey de Yolcos.

Pilos, nombre de varias ciudades de la antigua Grecia; en una de ellas reinó Néstor.

Polidamante, atleta, famoso por su fuerza.

Poseidón (Neptuno), dios del mar.

Príamo, degollado por Pirro, hijo de Aquiles, después de la toma de Troya.

Talento, moneda antigua, equivalente a unos mil quinientos dólares de hoy.

Temis, diosa de la justicia.

Ténedos, isla del archipiélago, cerca de la costa del Asia Menor.

Ulises, rey de Itaca, uno de los principales caudillos de la guerra de Troya.

Zeus, padre de los dioses. Venció a los titanes y a su padre, Saturno, y dio el mar a Poseidón, a Hades el infierno, y se quedó con el cielo y la tierra.

Canto tercero – Juramentos. Lo que se ve desde las Murallas. El duelo de París y Menelao.

Los combatientes ya en orden de batalla, avanzan los troyanos con algarabía, en tanto los aqueos marchan en silencio.

Cuando los dos ejércitos están frente a frente, se ve que Paris manda a los troyanos; luce una piel de leopardo en los hombros y porta el curvo arco y una espada. Blandiendo su lanza, desafía a los mejores argivos a un duelo a muerte.

Menelao, viéndole adelantarse, goza con ello como goza un león cuando halla un ciervo o un macho cabrío que va a devorar. El guerrero celebra la ocasión de castigar al ofensor, y salta del carro.

Al verlo Paris, retrocede para evitar el choque, tal como se echa atrás y se aparta quien ve una serpiente en el camino.

Contrariado Héctor, le reprocha su cobardía; Paris lo calma: –Si quieres verme combatir, que se sienten los troyanos y los aqueos.

Menelao y yo peharemos por Helena y el que venza se la llevará con sus tesoros.

Héctor se yergue ante los enemigos y comunica la proposición de Paris; Menelao toma la palabra:

–Ya que todos han padecido infortunios, es justo que pague quien deba morir. Cuando esto ocurra, sepárense lo antes posible. Ahora ofreceremos sacrificios a la Tierra y al Sol. Dedicaremos otra víctima a Zeus y Príamo vendrá a dirigir el servicio ritual para que nadie se atreva a violar después los juramentos. Aqueos y troyanos gozan con la esperanza de que termine la guerra. La diosa Iris vuela hacia Helena y la encuentra en su palacio tejiendo un gran paño para un manto con bordados que representan el combate de los troyanos y los aqueos protegidos con bronce, que luchan por ella. Iris dice a Helena: –Ven acá y advierte la actitud de troyanos y aqueos. Antes se mostraban apasionados por la guerra; ahora se sientan en silencio, plantadas en el suelo las largas lanzas. Paris y Menelao van a luchar por ti y serás la esposa del vencedor.

Al hablar así, pone en el corazón de Helena la nostalgia del primer marido, de su ciudad y de los padres. Helena se pone un velo y sale de la sala derramando tiernas lágrimas. Cuando llega ante Príamo, él la llama:

–Acércate y siéntate para que veas a tu primer marido, a los parientes y amigos. No eres responsable de nada; son los dioses los que han promovido esta contienda. Dime quién es aquel guerrero; jamás he visto otro que tenga ese aire de rey.

Helena responde:

–Sabes, querido suegro, que te reverencio y temo. Ojalá hubiera aceptado la muerte cuando seguí a tu hijo y abandoné mi hogar, mi familia, a mi hija y las amigos de la juventud. Voy a satisfacer tu pregunta. Ese guerrero es Agamenón, buen rey y hombre decidido con la lanza.

Al oír esto, el anciano declara su admiración por el Atrida y señala a otro guerrero; contesta Helena:

La suerte favorece a Paris, marido de Helena. El guerrero arregla sus armas, las canilleras en las piernas, sujetas con broches de plata; toma la espada de bronce y se cubre con un casco bien trabajado con un penacho de cola de caballo. Menelao también se pone su armadura.

Avanzan y se dirigen torvas miradas, haciendo gestos furiosos mientras blanden las lanzas. Paris arroja la suya, que da en el escudo del Atrida sin atravesar el bronce; la punta se embota contra la defensa.

En seguida Menelao levanta el arma y habla al padre de los dioses:

–¡Oh Zeus! Haz castigo a mi ofensor para que los hombres de mañana no se porten mal con quien los recibe en su hogar.

Lanza el arma y da al hijo de Príamo en el escudo, lo atraviesa y le rasga la túnica; pero el troyano esquivo la fuerza del golpe. El Atrida alza su espada y la descarga en el casco de Paris, y la espada cae de su mano, rota en pedazos.

Ante ese resultado, el Atrida arremete contra Paris, lo toma por el casco y lo arrastra hacia su lado: la correa, apretándole el cuello, está a punto de asfixiarlo. Y Menelao habría alcanzado el triunfo si Afrodita no acudiera a romper la correa. Todavía acomete contra Paris, decidido a matarlo; pero Afrodita emplea su poder de diosa; rodea al protegido con una bruma y lo hace desaparecer, elevándole a su cámara.

Busca después a Helena, a la que encuentra en lo alto de la muralla.

Fingiendo la figura de una anciana tejedora, llama su atención tirándole del vestido:

–Ven. Paris desea que vuelvas al hogar; te espera en el lecho, resplandeciente belleza. Nadie diría que acaba de batirse con un guerrero.

Helena dice a la mensajera:

–¡Oh diosa! ¿Por qué quieres seducirme? ¿Pretendes llevarme a una ciudad lejana, donde acaso tienes algún amigo? ¿Es que Menelao,

luego de vencer a Paris, quiere llevarse con él a la maldita mujer que soy? No, no iré a compartir su lecho.

Disgustada Afrodita, arguye:

–¡Guárdate de irritarme! Puedo abandonarte y odiarte tanto como te he estimado o fomentar más discordias entre los troyanos y los aqueos para que llegues tú a ser una de las víctimas.

Afrodita y Helena se dirigen a la habitación nupcial. Afrodita, sonriente, le ofrece un asiento y Helena se dirige a su amante: –Regresas de un combate en el que debías haber muerto a manos del hombre que fue mi marido. ¡Desafíalo de nuevo! Pero será mejor que no te enfrentes a Menelao, para no ser abatido por su lanza.

–Mujer–contesta Paris–, no me injuries. Es cierto que Menelao me ha vencido, pero puedo ganarle mañana. Mas dejemos esto; nunca te he amado y deseado tanto.

Menelao todavía corre como una fiera, buscando a su rival, pero nadie acierta a descubrirlo. Agamenón dice entonces: –Oídmme,

-Es el hijo de Laertes, Ulises, criado en Itaca. Se distingue por sus ardides y sus ideas ingeniosas.

Príamo quiere saber de otro combatiente:

-Es Ajax, sostén de los aqueos. Al lado está Idomeneo, rodeado de los jefes, en medio de los cretenses.

Príamo marcha en su carro al campo de los troyanos y los aqueos; lo reciben Agamenón y Ulises. Celebran el sacrificio y hacen las libaciones, luego de invocar a Zeus para que castigue al perjuro al terminar el duelo. Príamo dice:

-Escuchadme, troyanos y aqueos: regreso a Troya, pues no tengo ánimo para asistir al combate de mi hijo y Menelao. Zeus y los otros dioses saben quién habrá de morir; el destino lo ha señalado.

Coloca los sacrificados corderos en su carro y vuelve a Troya.

Héctor y Ulises miden el terreno y echan suerte para saber quién ha de ser el primero en tirar la lanza. Las tropas de los dos campos hacen sus oraciones, las manos hacia los dioses.

troyanos, dárđanos y aliados. La victoria corresponde a Menelao. Entregadnos a Helena y sus riquezas, y pagadnos una indemnización.

Todos asienten a estas palabras del Atrida.

Canto decimocuarto - Zeus engañado

Aunque se hallaba bebiendo, Néstor oyó los clamores y preguntó al hijo de Asclepiada:

–¿Cómo te parece, Macaón, que terminará esto? Cada vez gritan más junto a los navíos, pero tú reposa a mi lado y gusta este vino; Hecamede hará calentar un baño y te lavará esa sangre. Yo voy a enterarme.

Néstor tomó el escudo, empuñó una lanza y, ya fuera del refugio, descubrió algo espantoso: soldados en huida y la muralla aquea destruida. En el camino encontró a los que venían de las naves, heridos: al hijo de Tideo, a Ulises y al Atrida Agamenón. Marchaban apoyándose en las lanzas, abatido el ánimo. Al ver a Néstor, Agamenón le habló:

–¿Por qué, Néstor, vienes hacia acá y dejas la contienda? Es de temer que Héctor cumpla su palabra y la amenaza que hizo de no volver a Troya hasta quemar nuestros navíos y matarnos a todos. Eso decía y lo va realizando.

Néstor respondió:

–Ciertamente, ha sucedido, y ni el mismo Zeus puede remediarlo. Está derrumbada la muralla; los troyanos se han lanzado a una fiera acometida, y no es fácil ver hacia dónde van rechazando a los aqueos: hemos de cambiar impresiones a fin de estar prevenidos; yo no les aconsejo entrar en el combate; los heridos no están en condiciones.

Agamenón observó:

–Dado que se combate junto a las naves y que de nada han servido la muralla y el foso, es que le place a Zeus que los aqueos perezcan aquí. El dios estaba de parte de los dánaos y vemos ahora que apoya a los troyanos. En tales circunstancias se me ocurre que debemos echar al mar las naves cercanas al agua, y anclarlas hasta que llegue la noche; si se suspende la lucha, haremos lo mismo con los otros navíos. No hay deshonor en huir si ello nos libra de caer prisioneros.

Mirándolo despectivamente, Ulises replicó:

–¿Qué palabras se te han escapado de la boca? Podrías dar esas órdenes a un ejército deshonrado, no al nuestro, decidido a luchar hasta que todos perezcamos. Cállate y que otros no oigan lo que jamás debió decir un caudillo de hombres como los que mandas.

Agamenón contestó:

–Me ha llegado al alma tu fuerte reprimenda. No era mi intención que los aqueos echasen al mar las naves contra su voluntad; si alguien ofrece un plan mejor, me alegraré de escucharlo.

Entonces Diómedes habló:

–Ese hombre está cerca. Debemos marchar al campo de batalla, aunque nos hallemos heridos. Una vez allí no debemos entrar en la pelea y exponernos, pero nuestra presencia y nuestras exhortaciones servirán para animar a los que continúan desalentados e inactivos.

Todos le escucharon y obedecieron, poniéndose en movimiento detrás de Agamenón, que los mandaba.

Poseidón estaba alerta y se acercó a ellos en figura de anciano; tomó la mano derecha del Atrida, diciéndole que cambiarían las cosas y vendría un momento en que los troyanos huirían hacia la ciudad. Luego, dando un grito tan fuerte como el de nueve o diez mil hombres, se lanzó a la llanura e infundió a los aqueos la decisión de pelear.

Hera, que miraba lo que sucedía, se alegró de la intervención de su hermano; pero Zeus se impresionó. Su esposa meditó acerca de cómo engañar a Zeus. Se dirigió a la habitación que le había construido su hijo Hefestos, y una vez allí se lavó con ambrosía el cuerpo sin mancha, se aplicó un aceite suave y perfumado y, después de haberse ungido el cuerpo y peinado, se vistió una túnica de brillante colorido que Atenea había fabricado para ella. Se acomodó un ceñidor y se puso en las orejas unos pendientes con piedras preciosas. Terminó su arreglo metiendo los pies en preciosas sandalias.

Así ataviada, salió, llamó aparte a Afrodita y le preguntó:

–¿Querrás complacerme en lo que voy a pedirte, o vas a negármelo porque apoyo a los dánaos mientras tú proteges a los troyanos? La hija de Zeus contestó:

–Dime lo que deseas, Hera. Mi gusto es atenderte, si puedo y debo hacerlo.

Hera le pidió que la favoreciese con la Ternura y el Deseo, elementos que Afrodita utilizaba para rendir a los seres mortales e inmortales.

Iba a intentar reconciliar al Océano con su madre Tetis.

Afrodita le respondió:

–No es posible negarte lo que pides, pues pasas las noches en los brazos de Zeus, como mujer suya que eres.

Desprendió del pecho una banda de varios colores que en sus pliegues guardaba todos los encantos: la ternura, el deseo y las frases engañosas. Afrodita puso la banda en las manos de Hera y le dijo:

–Guárdala en el seno y podrás realizar tus propósitos.

Hera, después de recoger la banda, dejó el Olimpo y voló hasta llegar a Lemno, donde encontró al Sueño, hermano de la Muerte, a quien pidió que durmiese a Zeus tan pronto como ella estuviera tendida junto al dios poderoso.

–Te daré como regalo–le dijo–, un hermoso trono de oro, que mi hijo, el cojo Hefestos, hará con todo primor, además de un escabel para que apoyes los pies en los festines.

El Sueño repuso:

–Hera, venerable hija del gran Cronos, podría hacer dormir a cualquier otro inmortal, pero no me acercaré a Zeus, ni trataré de adormecerlo si él no lo pide.

Ante esa negativa, Hera procuró ofrecerle como esposa a la más joven de las Gracias, cosa que alegró de tal modo al Sueño que accedió a lo que le pedía:

–Convenido, pero júrame que habrás de cumplir la promesa de darme la más joven de las Gracias, Pasitea. Siempre la he deseado.

Hecho el juramento, marcharon envueltos en una niebla y llegaron al monte Ida. Allí dejaron el mar y volaron sobre la tierra y los árboles. Antes de que Zeus pudiera verlo, el Sueño se encaramó en un gran abeto y se escondió entre las ramas. Hera subió a la cima Gárgaro, y Zeus, al verla llegar, comenzó a sentir hacia ella una atracción análoga a la que sintió cuando el amor los unió a escondidas de sus padres. Ya de pie, el dios le preguntó:

–¿Cómo vienes sin caballos ni carro?

La astuta Hera le dijo lo mismo que había dicho Afrodita acerca de Océano y Tetis; Zeus aprobó sus intenciones y le expresó la atracción amorosa que en ese momento sentía; nunca le había sucedido eso con otras mujeres. Insistiendo, Hera replicó:

–¿Qué dices, hijo de Cronos? ¿Pretendes tener amores a la vista de todo el mundo? Piensa lo que ocurriría si alguno de los inmortales nos viera y fuese a contarlo. La vergüenza me impediría volver a tu palacio. Tienes una habitación construida por Hefestos, con las puertas bien seguras, y allí podríamos descansar:

A esto Zeus respondió:

–No temas ser vista, pues haré que te oculte una nube y el mismo sol no podría mirarnos.

El hijo de Cronos tomó a la esposa en los brazos e hizo que naciese una nueva hierba, formando espeso y blando lecho. Allí se tendieron y se cubrieron con una nube. Zeus se quedó dormido, rendido por el sueño, y el Sueño corrió para comunicárselo a Poseidón, a quien dijo:

–Es necesario, Poseidón, que vayas a socorrer a los dánaos y les des la victoria mientras Zeus sigue dormido. Le he infundido un sueño y Hera le ha engañado.

El Sueño se alejó hacia los hombres mientras Poseidón iba en busca de los dánaos y los arengaba:

–¿Seremos capaces de dejar a Héctor la victoria y las naves? Es lo que ha dicho en vista de que Aquiles sigue dominado por la cólera. Pero su ayuda apenas será necesaria si decidimos resistir. Oíd el consejo que quiero daros: ¡Marchemos! Yo iré delante y Héctor, a pesar de su furia, no podrá resistir.

Todos obedecieron y hasta los caudillos se incorporaron a la tropa, aunque heridos: Diómedes, Ulises y el Atrida Agamenón. Poseidón iba a la cabeza y llevaba una espada que por sus reflejos parecía un relámpago. En el otro campo, Héctor había dispuesto a los troyanos para el encuentro.

Ardió la batalla entre las gentes de Poseidón y las de Héctor, que luchaban, respectivamente, por los argivos y por los troyanos. Héctor fue el primero y arrojó su lanza contra Ajax, a quien alcanzó en el sitio donde se cruzaban las correas del escudo y de la espada, librándose así del golpe. Irritado de haber fallado el tiro, Héctor se acogió al grupo que formaban sus compañeros. Al ver que se retiraba, Ajax cogió una de las piedras con que calzaban las naves y acertó a Héctor en el pecho, cerca del cuello. El choque le hizo girar y caer en el polvo. La lanza se le fue de la mano, así como el escudo y el casco, mientras resonaba en tierra la armadura.

Los aqueos acudieron con la esperanza de arrastrarlo hacia ellos y lanzaban flechas; pero ninguna logró herir al pastor de soldados, a quien los caudillos rodearon pronto: Polidamante, Eneas, Agenor y

otros. Luego lo tomaron en brazos para llevarlo donde esperaba el cochero, detrás del campo de batalla.

Lo condujeron hacia la ciudad y antes de pasar el vado del río Escamandro, lo bajaron, lo tendieron en el suelo y lo rociaron con agua; se reanimó y abrió los ojos; pero al incorporarse le vino un vómito de sangre que lo hizo caer desvanecido.

Al ver los argivos que Héctor estaba fuera de combate, acometieron a los troyanos y entonces ocurrieron fuertes encuentros individuales de una y otra parte. Con ayuda de Poseidón, la victoria se inclinó hacia los aqueos, destacándose Ajax: nadie le igualaba cuando perseguía al enemigo.

Helena de Troya: culpa, belleza y construcción cultural en la literatura occidental

Helena de Troya es uno de los personajes femeninos más emblemáticos y debatidos de la literatura clásica. Tradicionalmente conocida como la causa de la guerra de Troya, su figura ha sido interpretada durante siglos desde perspectivas contradictorias: como una mujer culpable por dejarse llevar por el deseo o como una víctima de fuerzas que escapan a su control. A través de la literatura, Helena se convierte en un símbolo que refleja las tensiones culturales en torno a la belleza, la responsabilidad y el rol de la mujer. Este ensayo sostiene que la representación de Helena en la tradición literaria revela una tendencia cultural a responsabilizar a la figura femenina por conflictos originados, en realidad, por decisiones masculinas y estructuras de poder patriarcales.



En la *Ilíada* de Homero, Helena aparece como el motivo visible del conflicto bélico entre aqueos y troyanos. Su huida con Paris provoca una guerra que dura diez años y causa innumerables muertes. No obstante, Homero no la presenta como una figura superficial o inconsciente. Por el contrario, Helena es plenamente consciente del sufrimiento causado y expresa abiertamente su culpa. Cuando se dirige a Héctor, afirma con amargura: «¡Ojalá la muerte me hubiera sido grata cuando seguí a tu hermano!» (Homero, *Ilíada*, canto VI). Esta cita muestra a una mujer reflexiva, atormentada por su pasado, que no ignora las consecuencias de sus actos.

A pesar de esta autoconciencia, la tradición cultural ha tendido a reducir a Helena a su belleza. Se la define como “la mujer más hermosa del mundo”, y esta característica termina explicando la guerra de manera simplista. Así, el conflicto se atribuye al deseo provocado por una mujer, invisibilizando factores como el honor masculino, los juramentos entre reyes y la voluntad de los dioses. En este sentido, Helena se convierte en un objeto simbólico más que en un sujeto con voz propia, reforzando la idea de la mujer como causa pasiva del caos masculino.

Esta visión es cuestionada por otras versiones del mito, especialmente en la tragedia *Helena* de Eurípides. En esta obra, el autor plantea que la verdadera Helena nunca estuvo en Troya, sino que fue reemplazada por una imagen ilusoria creada por los dioses. Eurípides pone en boca de Helena una declaración contundente: «Mi cuerpo no fue a Troya; solo mi nombre cargó con la culpa». Con esta reinterpretación, el autor libera a Helena de toda responsabilidad directa y critica duramente la injusticia de una fama construida sobre la mentira. La guerra, en esta versión, se revela como una tragedia absurda provocada por el engaño y la ceguera humana.

La propuesta de Eurípides no solo reescribe el mito, sino que también invita a reflexionar sobre cómo se construye la reputación femenina en la sociedad. Helena es odiada, despreciada y juzgada por hechos que no cometió, lo que pone en evidencia una constante cultural: la facilidad con que la mujer es convertida en chivo expiatorio. Esta lectura resulta especialmente significativa, ya que cuestiona una tradición que durante siglos ha sostenido la culpa de Helena como una verdad incuestionable.

En el imaginario cultural posterior, Helena continúa funcionando como un arquetipo. Su nombre se asocia a la idea de que la belleza es peligrosa y que el deseo femenino puede provocar la destrucción. Sin embargo, esta asociación revela más sobre los valores de las sociedades que reinterpretan el mito que sobre el personaje mismo. Helena es utilizada para advertir, controlar o moralizar, especialmente en relación con el comportamiento femenino, mientras que las decisiones violentas de los hombres quedan justificadas por el honor o el destino.

Desde una perspectiva crítica contemporánea, es posible interpretar a Helena como una figura con escasa agencia real. Paris la “elige”, Menelao la reclama como posesión, y los ejércitos luchan por ella como si fuera un objeto de intercambio. En este contexto, Helena representa a las mujeres dentro de los relatos épicos: presentes en el conflicto, pero excluidas de las decisiones. Su voz existe, pero rara vez es escuchada o considerada determinante.

En conclusión, Helena de Troya no puede ser entendida únicamente como la causa de la guerra ni como una figura completamente inocente. Su importancia radica en su valor simbólico y en la manera en que la literatura y el colectivo cultural han proyectado sobre ella ideas de culpa, deseo y responsabilidad. Las distintas representaciones de Helena, desde Homero hasta Eurípides, permiten observar una tensión permanente entre la condena y la comprensión. Más que preguntarse si Helena es culpable o inocente, resulta fundamental cuestionar por qué la tradición cultural ha insistido en cargar sobre ella el peso simbólico de una guerra originada por el poder, la ambición y la violencia masculina. En esa reflexión reside la vigencia de Helena como personaje literario y como figura crítica dentro de la cultura occidental.